

Crónica Literaria

Por ALONE

"Casas Muertas", novela por Miguel Otero Silva (Universitaria, 1968).

Bien podríamos haberlo sabido antes. Pero muere que, a fuerza de conocidas, muchos nombres se identifican con lo que no concuerda su naturaleza; se necesita que alguien venga a revelárnosla.

En ese caso también sucede que este "algún" llega a puestas lecturas con retraso: hace mucho tiempo que nadie puede repetir la queja: "... el fui la tusa les llevó..." Ni aquella los libros que se deben leer, como, por ejemplo, éste de Otero Silva. "Casas Muertas", nos llegó presentado desde Venezuela por la mano del P. Pedro Pablo Barnola SJ, que, a sus muchos títulos, Capellán del Palacio de Miraflores, Confesor de S. R. el Presidente de la Repùblica, Director de la Academia Venezolana de Letras, añade el de ser un crítico, todo un «cónsul», no de simple afición, sino un maestro. El saber y la sensibilidad lo informan, el gusto lo dirige y posee todavía el don escaso de la amplitud impávida y el criterio oráculo.

Sus estudios nos han proporcionado pues un doble descubrimiento: La buena crítica es así.

Una de sus selecciones ("Estudios Críticos Literarios", Monte Ávila, Caracas, 1970) enfoca las figuras señeras de Baralt, Gallegos, Díaz Sánchez y otros, que finalizan con Miguel Otero y su singular, su sorprendente "Casas Muertas" cuyo conocimiento nos incita a concordar.

Por qué no aparece esta novela, breve y maravillosa, en esa lista por donde pasan y vuelven a pasar, aunque el horizonte, tantas veces valioso, entre paréntesis diríamos?

Aquí se permitirá explicárselo estas observaciones del P. Barnola: "Libro de un supuesto lector" — dice de "Casas Muertas" — que solo ofrece el resumo de la casi enigmática de sus escasas 150 páginas de texto. Gran virtud literaria la del escritor — agrega — que logra que al final de su libro el lector lamente que ya se ha terminado".

Es verdad. Nale seducir a Otero Silva la tentación de amplificar. Es de los que prima al lector hábil a quien un surbo le basta. Nada de abrumario voluminosamente ni confundirlo con el torbellino de las apariencias. Procede como Rulfo, mediante otra magia. Toca con pulso cierto, cuerda escenálitas y deja el espacio intermedio a sus resonancias indefinidamente prolongadas.

N. exclamaciones ni entonaciones superficiales.

"Ese mañana enterraron a Sebastián. El padre Poma, que tanto afeno la profeso, se había puesto la setenta veces sacrista, la de visir a Alíbiso, y el maníaco y el bonete de los grandes ojoscaños. Un sacerdote no era acostumbrado inú-

sitado en Ortiz. Poco el contraste, ya el tanto arrasarse de las alpargatas había extinguido definitivamente la hierba del camino que conducía al cementerio y los perros seguían con rutinaria mansedumbre a quienes cargaban la urna o les precedían señalando la ruta mil veces transitada. Pero había muerto Sebastián..."

Los detalles, los humildes y cotidianos detalles, se encargan de todo. No vamos a presentar un espectáculo alegre; asistiremos a más malacelino de todos, la muerte de "Ortiz", el pueblo condenado. En la joyerosa selva tropical, el destino de "Ortiz" va apagándose poco a poco, paso a paso. Brotan impetuoso de la tierra los trófeos mientras deciden los hombres. Sus hombres y sus casas, las siembras y el ganado. Caídas las vigas del techo abandonados, las ramas irrumpen a la calle por entre los barrotes de las ventanas; los dueños desalojados recuperan su morada natural.

Ho ahí el ambiente de la novela, de principio a fin.

O sea, lo más triste, lo más deprimente, lo más desagradable y penoso que pueda ofrecerse como perspectiva a quien, justamente, al leer una novela busca lo contrario.

¿Cómo se produce el milagro de la transmutación?

Porque, "Casas Muertas", una vez comenzada, no se puede soltar, aunque, durante su misma lectura, el propio lector se admira de su platero.

Aquí se palpita el misterio de la forma, la acción indefinible del tono, el hecho de que la misma palabra, la misma frase significan, aquí una cosa, más allá la opuesta y al mismo tiempo recurren al mismo, como si el vecino compendiará el otro irás.

Un primer elemento en la prosa de Otero Silva, el curio de los periodos, su ritmo, de una sencilla extensión, forman como un acompañamiento apacible, moderante de la angustia que marcha por dentro, es la continua advertencia de que, al fin, nada importa, todo se hace y desechar para confirmarse en la soledad,

A esa música apenas perceptible, súmanse, y el P. Barnola lo señala bien, la calidad de los imágenes, nunca sobresalientes, pero que van levantándose y sonriente a lo largo del trayecto al ensueño.

No bastaría citar al crítico.

"Cantando amanecer — pag. 179— la luz comenzaba a encenderse en la armazón del edopero"; y en cambio "un oscuro silencio se extendía desde el amanecer sobre los zamarros y robles de la plaza". Con la llegada de las lluvias, el bosque nervioso se "salpicaba de pescetas muertas"; y el bucaré florecido moreaba de grana el anchuroso verde del café-

tal"... Y la hermana de uno de los estudiantes presos en Palenque "era una espiga lombrisa, una alcancera verdadera, una hermosa muchacha con algo de lucero...". La naturaleza del trío se hace presente con discreción; su novedad es Jigera, no invoca el primer piano y hasta los versos contribuyen al valor pictórico.

Pero donde esa cautivadora claridad culmina es en los retratos de los personajes, en ese viejo "recto como el bronco del tamarrando"; en el moto enamorado que, para ver salir a Carmen Boín "se plantaba en la esquina estirado y sosteniendo el sol, como un cardenal"; sobre todo en la maestra del pueblo, la señorita Berenice, madre y consejera de quienes la necesitan: "Era una mujer pulida de una paternalidad impresionante, siempre alborotada y alegre de risa, siempre recién bañada y vestida de blanco. Cuando el pelo rubio comenzó a encanecer y, más aún, cuando encaneció totalmente, Berenice fue adquiriendo visos de lirio, de nube, de velo".

A punto de olvidar que escribe en prosa, Miguel Otero se detiene: el realismo del novelista continúa el relato que ha llevado: ("Quien no sabe limitarse nunca sólo escribe"). Acaso ese mismo gusto fino haya limitado la resonancia de la obra. El P. Barnola observa su poco volumen y teme que eso haya impedido incluirlo entre las "grandes novelas".

Feliz culpa. De otra lo absuelve también su gran moderada, «cantadora»: la tesis, a menudo paulatina de "Ortiz", el pueblo maldecido, víctima de la fiebre, la malaria, el sarampión y la miseria, trae su origen de la dictadura blanca, de su inaudita corrupción, del tirano que engendró los tránsitos y mantuvo sofocada a Venezuela hasta hace poco. Miguel Otero aborda esa posta dentro de la misma extensión, en el fondo, corribas, en la forma, objetiva y como estáticas, como los rigores naturales, como las tormentas y las inundaciones. O la sequía abasurada. No las "aprovecha", no se lleva de su sendero, no las impone: las expone y propone a la vista, dejando a los lectores la libertad de distinguir. Despues vendrán los intereses a formular las teorías que les convienen, aunque sus fundamentos discrepen de polo a polo y las circunstancias históricas se opongan.

El es, ante todo, artista; no se reclama el empego de discutir, sino la misión de embellecer. Lo sentirán algunos; probablemente su obra habrá resonado más con más contenido clavo de tablas; no habrá, ganando la consistencia, la inangulable dignidad que, en otro ámbito, le asegura una categoría perdurable.

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Casas muertas [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile